

Cristina Moyano Barahona
Departamento de Historia
Universidad de Santiago de Chile
cristina.moyano@usach.cl

**Relatos políticos sociales durante la primera década de
transición a la democracia en Chile:
Campo político intelectual y performatividad, 1990-1998.¹**

**Social political narratives during the first decade of transition to
democracy in Chile:
Intellectual political field and performativity, 1990-1998.**

Resumen

Este artículo hace un recorrido histórico sobre las principales transformaciones del campo político-intelectual durante los años de la transición, tomando como eje aquel que se configuró en los años ochenta durante la Dictadura militar, para analizar cómo se fueron transformando los relatos político-sociales, entendidos como marcos interpretativos de la “realidad”, que está en permanente disputa y construcción. Así, a través de una metodología que recupera la historicidad de los textos, se analizarán los cambios estructurales y los contenidos de dichos relatos, particularmente aquellos que dotaron de sentido a la experiencia de la transición desde la intelectualidad concertacionista y los que actuaron como referentes contra hegemónicos configurando las denominadas narrativas del malestar.

Palabras clave: Relatos sociopolíticos, transición, campo intelectual.

Abstract

This article makes a historical overview of the main transformations of the political-intellectual field during the transition years, taking as its axis the one that was configured in the eighties during the military dictatorship, to analyze how the political-social narratives were transformed, understood as interpretive frames of "reality", which is in permanent dispute and construction. Thus, through a methodology that recovers the historicity of the texts, the structural changes and the contents of these narratives will be analyzed, particularly those that gave meaning to the experience of the transition from the concertationist intelligentsia and those that acted as referents against the hegemonic, shaping the so-called narratives of discomfort.

Keywords: Sociopolitical narratives, transition, intellectual field.

* Resultados Proyecto Fondecyt N° 1190059.

Introducción.

Los ensayos político-sociales constituyen un tipo textual que entrecruza el entramado científico-académico, con la producción de sentidos, elaborando “discursos de legitimación o crítica social, alimentando las autodescripciones y descripciones sobre la sociedad que sostienen movimientos sociales, instituciones y otros agentes colectivos” (Ramos, 2014: 153).

Estos artefactos político-culturales, se estructuran textualmente de forma distinta al “texto científico” aceptado por las comunidades epistémicas, aún cuando dispongan de afirmaciones y evidencias que provienen de investigaciones “calificadas” o “certificadas”, logrando generar una narrativa con “perfiles discernibles y con capacidad de desplazarse y circular, vía cadenas de traducciones –cada iteración es una traducción, y también una alteración, aunque sea mínima”(Ramos, 2020: 30), generando marcos comprensivos de la realidad que operan sobre la misma y su actuar en ella. Estas narrativas “circulan dentro de la red compleja de acciones de los partidos políticos, organismos del Estado y sociedad civil; aparecen en la esfera pública constituida por los medios masivos de comunicación; emergen en las conversaciones de la vida cotidiana” (Ramos, 2014: 164), otorgando sentido a “realidades sueltas”, datos y hechos particulares, que se configuran como un todo que busca la omnicomprensión de la experiencia vivida.

En tanto texto “ensayo”, su estructura no está obligada a fundamentar hipótesis ni generar evidencias –aunque muchas veces se usen como criterios formales de verdad, tanto la descripción como la cita de autor–, está más orientada a “configurar “mapas mentales”, que a decir de Lechner, permiten “ahorros cognitivos” al ordenar la multiplicidad de la vida social (Moyano, 2021: 487).

Por último, este tipo de escritura opera a la base de atribución de sentidos de la realidad, ya que dicho proceso no ocurre societalmente de manera espontánea, sino que está constituido por múltiples dispositivos, instituciones y canales de difusión que participan de la construcción del ser y estar en “mundo en construcción”. Así, tal como señala Darton, los procesos sociales mediante los cuales los intelectuales actúan, performan la realidad al mismo tiempo que intentan comprenderla y permiten a los actores –en tanto agentes– ejercer como un ser subjetivado en un

mundo que aparece como “real y concreto”. Ya que la atribución de sentido a la realidad, no ocurre:

“sacando conjeturas del fondo de nuestras almas y proyectándolas a nuestro alrededor, sino más bien acomodando estas percepciones en marcos. Los marcos que tomamos de nuestra cultura, debido a que la realidad tal y como la experimentamos es una construcción social. (...) Siempre que nos encontramos con algo significativo, lo acomodamos a un orden cognitivo que heredamos de nuestra cultura; y con frecuencia lo ponemos en palabras” (Darton, 2008: 288).

Nuestra hipótesis es que estos relatos sociopolíticos, que circularon durante la primera década de la transición en Chile, operaron en esa disputa por la realidad de la experiencia de la democracia, caracterizada por 3 grandes elementos: Primero, constituyeron en sí mismos un proceso de transición entre el campo académico de los años 80, desinstitucionalizado y disperso en una activa red de centros académicos independientes y ONG que produjeron conocimiento sobre lo social (Moyano y Garcés, 2020) y la reinstitucionalización en espacios universitarios durante los años 90. En segundo lugar, se constituyeron dos tipos de narrativas que estuvieron en una pugna permanente, aquella que fundamentó el relato de refundación de la democracia y estableció el tiempo de espera, de la democracia de los acuerdos y la contención del conflicto social como base de la gobernabilidad posible y un segundo grupo, que tempranamente disputó esos sentidos a través de construir relatos sobre malestares de y en la experiencia democrática, configurando un circuito relevante que competirá por la hegemonía de la realidad construida. Por último, que la hegemonía del relato de la transición como tiempo de espera y expectativa de futuro operó a niveles de la elite política y no traspasó totalmente a la sociedad y terminó por erosionarse definitivamente en el año 2012, cuando distintos movimientos sociales “pusieron fin a la transición”, instalando otra dimensión del presente.

Para abordar estos aspectos trabajaremos con un conjunto de textos y autores, en una dimensión que combina la historia intelectual y la historia política de los intelectuales, situando los

contextos y los actos de hablas que generaron estos ensayos o narrativas sociopolíticas durante la primera década de la transición a la democracia.

Algunos aspectos relevantes sobre el campo intelectual de oposición a la dictadura en los años 80.

Después del golpe de Estado el campo intelectual, y en particular, el campo de las ciencias sociales, que venía en una constante expansión desde los años 50, fue abruptamente intervenido, diezmado y reprimido. Las universidades y los centros de estudios que se habían configurado para generar respuestas a los dilemas del desarrollo económico (ante el evidente deterioro del modelo sustitutivo de importaciones) y de “expansión” de la democracia chilena, fueron cerrados y muchos de sus habitantes intelectuales, víctimas de la represión, el asesinato o el exilio.

Las ciencias sociales fueron consideradas peligrosas para la sociedad. La Dictadura militar descubrió rápidamente el rol performático que tienen dichas disciplinas y operó con una razia mayúscula. Por su parte, los intelectuales que lograron sobrevivir a la represión, salir de clandestinidad y recuperar su propia capacidad de producir saberes, sólo se fue produciendo hacia comienzos de la década de los 80. La prohibición de imprimir libros, la limitada circulación de medios de comunicación y el control casi absoluto de DINACOS, constituyó una barrera significativa para la reestructuración del campo.

Tal como se expresa en el libro editado y compilado por Moyano y Garcés en 2020,

“dos iniciativas fueron relevantes en la posibilidad de reconstrucción del campo intelectual. En primer lugar, la creación del Instituto Chileno de Estudios Humanísticos (Icheh), primera institución de intelectuales que hizo una fuerte crítica a las drásticas restricciones del pensamiento y el debate opositor, precursor de los centros privados de investigación que se consolidaron en la década de los ochenta. En segundo lugar, la creación de la Academia de Humanismo Cristiano, institución vinculada a la Iglesia Católica, que por iniciativa del Cardenal Silva Henríquez configuró un

espacio para el pensamiento democrático y de oposición a la dictadura.”

(p.25)

Conformada por varios círculos de estudio que abordaban problemáticas sobre la mujer, el trabajo, el mundo rural, entre otros, la Academia de Humanismo Cristiano se “constituyó en un espacio de sociabilidad, de reflexión y de inserción profesional para variados científicos sociales que poblaban el mundo de la oposición política, muchos de los cuales participaban activamente de la Vicaría de la Solidaridad” (Moyano y Garcés, 2020: 25), que conformó una importante red que más tarde daría soporte material y subjetivo, a la formación de las ONG que fue configurándose a través del trabajo en terreno con pobladores y la producción de un saber, nacido de la intervención-acción social.

Surgieron así el “Programa Interdisciplinario de Investigación en Educación (PIIE, 1977), Centro de Indagación y Expresión Cultural y Artística (CENECA, 1977), el Programa de Economía del Trabajo (PET, 1978), SUR, Corporación de Estudios Sociales y Educación (SUR, 1979), Educación y Comunicaciones (ECO, 1980) y el Centro de Estudios del Desarrollo (CED, 1981, por nombrar a algunos de los más reconocidos” (Moyano y Garcés, 2020: 28). Estos centros convivieron con otros como FLACSO y CIEPLAN, y más tarde con otros de corte evidentemente más político como VECTOR, y fueron configurando un espacio de producción de saberes donde convergieron nuevas formas de generación de conocimiento, transformaciones en la experiencia de la militancia política y una vinculación expresa entre los saberes y la posibilidad de cambiar la vida de los actores sociales más golpeados por las transformaciones neoliberales que implementaba la Dictadura.

Así, los incipientes debates que trataban de comprender las consecuencias materiales y subjetivas de la instalación del modelo neoliberal, se fueron posicionando en estos espacios que según las cifras de J. Puryear, hacia 1988, llegaban a 49 centros privados, que empleaban a 644 profesionales, 134 de ellos posgraduados en Europa o Estados Unidos, y más 20 revistas académicas o boletines (2016: 64).

Interesa destacar aquí, que estos nuevos espacios académicos fueron a su vez políticos y redefinieron las militancias de distintos intelectuales, forjando redes con el mundo popular, generando nuevas formas y dinámicas de generar conocimiento social y político. Así, sin estar

guiados por las dinámicas métricas que se instalaron en los años 90 para medir la investigación, a través de boletines, revistas y otros soportes, circularon los saberes generados en diálogos con los actores en territorios locales. Tal como destacó Irene Agurto (1988), estos centros estaban guiados por un principio básico: “el desconocimiento de la legitimidad de los regímenes de facto y, consecuentemente, un reconocimiento del pueblo como origen de la soberanía y fundamento del ejercicio legítimo del poder” (p.9-10).

Así, de “diverso tamaño y con distintos énfasis, estas instituciones fueron el espacio donde se reestructuró el campo intelectual, que en conjunto con habilitar debates políticos, produjo investigación e intervención social y trató de revincular a las ciencias sociales con la sociedad. La producción de análisis sociales, lejos de separarse de la política, configuró una nueva relación, en la que esta última experimentó un notable aumento de la intelectualización. Así, las ONG se convirtieron en catalizadores, en convocantes de debates políticos, reuniendo en talleres, seminarios y cursos a actores intelectuales y políticos, a sindicalistas y feministas, a pobladores y jóvenes para reconquistar la democracia y debatir la democratización” (Moyano y Garcés, 2020: 31.)

Fue en ese espacio donde se puede situar la genealogía de los dos relatos sociopolíticos que nutrieron la construcción de la experiencia transicional. En otro contexto, marcado por la recuperación de la democracia representativa liberal, la reinstitucionalización universitaria de las ciencias sociales y la creación e incorporación de saberes en programas de formación como diplomados, cursos y magister, en materias como género, cultura, comunicaciones, entre otros, se comenzó a disputar la hegemonía sobre la experiencia democrática y la transición.

Genealogía del relato de la gobernabilidad: los precursores en los ochenta.

Durante los años 90 se reinició un proceso de re-institucionalización del campo intelectual de las ciencias sociales en las universidades. Retornados del exilio, con experiencias en trabajos en ONG, muchos intelectuales que participaron del mundo de las ONG y centros

académicos independientes se integraron a ellas y varios otros se unieron al mundo estatal, participando del primer gobierno de la transición a la democracia.

Ese proceso de tránsito no estuvo exento de debates y acusaciones cruzadas. De traicionar a la sociedad civil, hasta quienes defendían la idea de que era el Estado donde había que instalarse para generar los cambios necesarios para paliar el estado de individualización social, pobreza, carencias y ruptura de los vínculos colectivos que la Dictadura trajo aparejados con el modelo neoliberal. Las brechas de pobreza, el problema de la vivienda y hasta los debates feministas, se vieron cruzados por estas polaridades.

Quienes se mantuvieron en las filas de las ONG comenzaron a vivir rápidamente un deterioro, producto de la disminución significativa de fondos que provenían desde el extranjero. Las fundaciones como la FORD (EE.UU), EBERT (Alemania), Konrad Adenauer (Alemania), el Consejo Mundial de Iglesias, ICCO (Holanda), SIDA (Suecia), Christian AID (Inglaterra) o la CCFD (Francia) reenfocaron sus prioridades hacia otros espacios que vivían problemas más dramáticos que Chile. Mal o bien, Chile había logrado recuperar su democracia y eso significaba que los recursos de la socialdemocracia europea y norteamericana, o las iglesias protestantes que practicaban la filantropía, dejaron de inyectar recursos a los programas que estaban en este territorio (Bastías, 2013).

Se había alcanzado también una unidad política importante entre el centro y la izquierda socialista renovada en Chile, lo que permitía –a juicio de los financistas extranjeros y varios gobiernos– un buen escenario para que la propia democracia chilena definiera los contornos de sus conflictos y elaborara las formas de resolverlos. Esa unidad, además, no constituía sólo una alianza política, sino que estaba fundamentada en una idea de mundo, en la construcción de un relato sociopolítico sustantivo, que lograba articular de buena forma la idea de gradualismo, democracia, acuerdo, consenso y gobernabilidad.

Este proceso de construcción de sentidos comunes se inició en el marco de la disolución de las viejas alianzas partidarias, la creación de nuevos referentes como lo fueron la Alianza Democrática, el Movimiento Democrático Popular, el Bloque Socialista, entre otros, que más allá de sus éxitos o duraciones, fueron intentos de rearticulación de las fuerzas de oposición. Cierta apertura política del régimen más las jornadas de protesta político social que se iniciaron en mayo

de 1983, dibujaron un escenario que fue posibilitando que se instalaran tres conceptos claves: consenso, realismo político y política.

El primero de ellos, el consenso, contuvo tres sentidos “1. ‘como preferencia compartida de los participantes para evitar una guerra civil’; 2. ‘acuerdo sobre los procedimientos validos en la toma de decisiones’ y 3. ‘como concepto límite para discernir las condiciones del disenso’ (Lechner, 1983: 4). Los sentidos se combinaban respecto de sus posibilidades, y se establecía que, por un lado, existía un ámbito de definición formal en función de la delimitación de los procedimientos políticos y por otro, un ámbito normativo que dibujaba un deber ser, un anhelo de reunión, de configuración de acuerdos. Como planteaba Norbert Lechner, era necesario enfatizar que el consenso “no apunta a un contenido específico sino al modo en que se produce” (Lechner, 1983: 25), es decir, a la acción concreta de reunir voluntades, movilización de expectativas para lograr acuerdos, más allá de los contenidos mismos de estos (Moyano, 2020: 3231).

Del concepto de consenso se estructura una red semántica que se vincula con pacto social y convergencia. Tal como lo planteara Moulian “el consenso no es producto de un juego de azar sino una construcción histórica que debe responder a los grados de conciencia de las diferentes clases” (Moulian, 1983: 164), cuestión que complementaba Angel Flisfisch cuando argumentaba, por tanto, que “el problema de la democratización es, por la inversa, el de un proceso de formación de actores políticos con capacidad de generar y estabilizar un régimen virtual, producto de severos conflictos y cuyo carácter democrático le impone la forma de un pacto institucional” (Flisfisch, 1982: 27). De lo anterior se deduce que el pacto debe ser conducido por elites políticas, capaces de converger en acuerdos mínimos, que permitan sostener la democracia por venir.

Esa idea de acuerdos mínimos se vinculaba con el realismo político, que a juicio de Tironi debía hacerse desterrando las formas más radicalizadas y maximalistas que había caracterizado la política de los años 60 y 70, ya que de “otra forma un sistema político donde concurren

únicamente opciones de cambio total es obviamente incapaz de generar consensos básicos; ni siquiera de mantener aquellas reglas del juego en donde descansaba la institucionalidad y la cohesión social” (Tironi, 1986: 34).

Lo anterior implicaba delimitar el campo de la política, excluir actores y dotar de legitimidad a las elites, porque –como resaltaban varios intelectuales, la política “no es una actividad masificable, como se hace creer desde su versión imperialista. En efecto, la política ha devenido una actividad profesional que exige vocación y talento especial, precisamente por el grado de institucionalización en que se desenvuelve” (Tironi, 1986: 67), de allí que la política requiera de “consensos mínimos, responsabilidad y realismo, con partidos capaz de ofrecer un gobierno estable (Brunner, 1986: 29), administración eficaz y claridad de propósitos de reforma social, económica y gestión de sociedad” (Moyano, 2020: 3233).

Gobernabilidad, consenso y concertación social. Las claves intelectuales del relato de la transición, 1990-1998.

Mientras se producía el proceso de reinstalación de los saberes de las ciencias sociales al interior de las universidades, públicas y privadas, varios intelectuales que en los años 80 habitaron el espacio de los centros académicos independientes y ONG, arribaron al gobierno. Los casos más paradigmáticos, por el influjo que tuvieron en la construcción de un relato para el tiempo y experiencia de la transición, fueron José Joaquín Brunner, Edgardo Boeninger y Eugenio Tironi. Así durante estos 8 años, desde el gobierno o desde las universidades y consultoras privadas, estos actores elaboraron un discurso que permitió dotar de legitimidad a las ideas de “concertación social”, “consenso” y “gobernabilidad”.

Así a través de ensayos político-sociales fueron difundiendo un discurso que alcanzó una importante hegemonía en las elites políticas de la época y permitieron transformar el tiempo de la espera por la democratización, como el gran horizonte de expectativa o futuro de la experiencia transicional. Dichos ensayos circularon en editoriales como Planeta, Sudamericana, entre otras, y se reseñaron en la revista de libros de El Mercurio, se discutieron en columnas de opinión e iteraron de distintos modos en un campo intelectual que se transformaba rápidamente.

Como planteamos previamente estos ensayos no se ajustaron a los parámetros que ya estaban instalados en la academia, pero sus escritores lo hicieron ocupando el lenguaje de las ciencias sociales y usando datos provenientes de prestigiosos estudios o de bases generadas al interior de la propia burocracia estatal. Sin duda, es probable que no hayan sido sometidos a evaluación de pares ciegos ni cumplieran con los referatos que hoy se exigen, pero causaron gran revuelo a nivel de las elites ilustradas, permitiendo la construcción de un discurso hegemónico que dotó de sentido a la propia Concertación de Partidos por la Democracia, que pasaba a ser un actor más complejo que una mera alianza programática de partidos políticos.

Así, tal como plantean Ariztía y Bernasconi (2012), se trataron de textos e intelectuales que

“comparten una profunda fe en la posibilidad de la sociología de apelar a un público amplio y producir visiones de sociedad. Es justamente esta convicción la que explica su intención de escribir libros como los que acá estudiamos. Libros que salen de la academia para proponer un discurso más abierto y que suele ser fruto de sucesivas intervenciones en la esfera pública. En este sentido, y en la medida en que convocan audiencias, estos relatos comparten una profunda vocación no solo por describir, sino también por producir el cambio social.” (p.157)

El relato de la gobernabilidad puede rastrearse previamente en los años 80, así lo destacaron también actores tan relevantes como Boeninger, que en su libro “Democracia en Chile: lecciones para la gobernabilidad”, de la editorial Andres Bello, publicado en 1997, hacía su propia genealogía de la categoría, tanto en su dimensión conceptual como experiencial. Boeninger destacaba la trayectoria que podía rastrearse en la formación de la Alianza Democrática, la firma del Acuerdo Nacional, que pese a su fracaso, fueron dos instancias claves para la articulación entre el centro y la izquierda socialista renovada.

Para Boeninger la gobernabilidad era una cualidad clave que debía asegurar la transición a la democracia. Reformas graduales, pacto, consenso y concertación social eran los contenidos de la misma y aquello guió su actuar. Algunos ejemplos de lo anterior son los recuerdos de las

negociaciones que sostuvo con la CUT como Ministerio Secretario General de la Presidencia (1990-1994), donde destacaba que,

“Los sindicalistas, en particular, se avinieron a moderar sus posiciones en diversos puntos como un gesto de voluntad política. Esto debe ser especialmente reconocido, pues mostró de su parte una visión “de país” y un compromiso con la transición democrática” (Boeninger, 1997: 490).

Para el entonces ministro, alcanzar una negociación que se estableciera en torno a un punto medio entre la CUT, los empresarios y el gobierno, daría estabilidad a la recién reconquistada democracia. Con la experiencia autoritaria encima y la sensación de que cualquier conflicto social podría hacer retroceder lo alcanzado, Boeninger advertía, por ejemplo, que para el caso laboral, era fundamental que los sindicalistas y trabajadores reconocieran la importancia de los empresarios en la economía, sin que ello implicara no luchar por el resguardo de los derechos laborales, a la par que el gobierno generaba las políticas que permitieran mantener estable la economía del país, condición *sine qua non* de la estabilidad política. Por ello, hizo especial recuerdo de que en:

“En total sintonía con la estrategia política del gobierno, el Ministro de Hacienda insistió en que para que Chile pudiera consolidar un desarrollo sostenido debían, en primer lugar, crearse relaciones estables, constructivas y de cooperación entre los principales agentes económico [...] las economías con alto grado de conflicto son inestables y crecen poco porque su funcionamiento acorta el horizonte posible de decisiones [...] el proceso de inversión –base del crecimiento– requiere precisamente lo contrario: estabilidad, paz social y un largo horizonte en que los acontecimientos económicos se hacen previsibles o al menos controlables. Desde esta perspectiva de largo plazo, con esta visión de país, pueden entenderse mejor los esfuerzos sostenidos y la persistencia con que quienes estamos hoy en el gobierno, hemos buscado reconstruir la confianza con el mundo empresarial

Cristina Moyano Barahona

[...] Se nos decía: ¿por qué someterse a la crítica y al examen permanente de estos sectores? Hoy podríamos responder: porque este país lo requiere para construir un largo futuro de estabilidad que se proyecte más allá de este gobierno. Porque hay que crear ahora las condiciones que hagan posible una economía de primera clase, que crece aceleradamente, como base de un mayor bienestar social para el conjunto de la población. Dentro de esta visión de futuro, el rol de la empresa y de los empresarios es insustituible" (Boeninger, 1997: 497)

El reconocimiento de la necesidad de refundar el pacto social, basada en una idea de concertación de los distintos actores sociales, estuvo a la base de la experiencia transicional de los primeros 4 años de gobierno democrático. Con Pinochet como Comandante en Jefe y con grupos políticos que se mantenían movilizados, desconociendo la transición, para Boeninger la democracia era inestable. Así, separar democracia de democratización, se volvía parte del componente de realismo político y, la lógica gradual de los cambios como base del consenso y el pacto. En la entrevista que le hiciera Margarita Serrano al ex ministro en 2009, Boeninger vuelve sobre sus pasos e indica:

“Entonces, la única salida posible en ese momento era aceptar la Constitución. Con el agrado de que, cuando fuéramos Gobierno, era más factible hacer cambios adicionales. Claro que nadie pensó que nos íbamos a demorar tanto en cambiar la Constitución. Quince años, de 1990 al 2005. Pero lo hicimos. Nos demoramos diez años en el tema de los derechos humanos. Digo diez, porque cuando empezó el cambio paulatino de composición y criterio de la Corte Suprema, la cuestión tomó un vuelo enorme, y la doctrina de la Corte Suprema ha sido cada vez más pro derechos humanos y anti-amnistía. Es cierto lo que dices, parece una locura, pero si analizamos los hechos y la situación, no teníamos alternativa.” (Serrano, 2009: 183)

El tiempo de la transición se basó en la espera, en la contención del conflicto y en la instalación de una cultura política donde la negociación y el pacto entre actores eran fundamentales en la idea de estabilidad democrática y gobernabilidad. En conjunto con ello, la idea fuerza de la “concertación social” también estuvo presente en los distintos ensayos que publicó otro de los intelectuales orgánicos de la Concertación, Eugenio Tironi. En el año 89, cuando el sociólogo trabajaba en el grupo técnico que lideró la campaña del NO, expuso tempranamente que la nueva democracia debía basarse en la unidad y en la eliminación del conflicto. Así, en la minuta “Ideas generales para la tercera intervención en la franja” (disponible en <http://www.archivopatricioaylwin.cl/handle/123456789/8390>), el autor planteó:

“Cuando los chilenos nos ponemos de acuerdo en torno a ciertos objetivos, somos capaces de los mayores éxitos. Así por ejemplo, en un momento de nuestra historia alcanzamos un amplio acuerdo para poner la educación al alcance de todos. O para proveer de atención de salud a todos nuestros compatriotas. O para crear empresa y empresario. O para desarrollar una económica exportadora. Unidos, fuimos capaces de cumplir esos objetivos. Yo quisiera hoy proponerles a todos los chilenos una meta, que estoy seguro podremos alcanzar si nos unimos en torno a ella: la de llegar al siglo XXI como un país moderno y solidario.” (Tironi, 1989, s/p)

Esa lectura de la historia de Chile que valoraba los grandes acuerdos como parte de una concertación sociopolítica, la reiteró varias veces en columnas escritas para la revista Mensaje o columnas publicadas en El Mercurio. Según el sociólogo, la dictadura habría generado una sociedad que habría remarginalizado al mundo popular y era deber del Estado volver a sumarlos a su condición de sujetos, para que pasaran de la anomia y la rabia, al disfrute de los beneficios de una modernidad, que tendría como soporte una institucionalidad democrática. Por eso insistía que:

“Es obvio que la transición a un régimen democrático no borraré la pobreza ni acabará con las frustraciones que genera el orden económico, pero contrariamente a lo que muchas veces se teme, eso no va a despertar la

violencia de los grupos pobres urbanos, porque no es aquello lo que los pobres esperan de la transición. Lo que esperan es que esta termine con un estado coercitivo, se abran espacios institucionales de participación – especialmente a nivel municipal–, y se practique un nuevo estilo en la relación del Estado con los ciudadanos” (Tironi, 1989: 31).

Integrado a las filas del primer gobierno de la Concertación, asumió un importante rol como Director de Comunicaciones del Ministerio de Secretaria General de Gobierno, junto a su ex correligionario de partido, Enrique Correa, quien lideró dicha cartera. Su corto paso por los gobiernos concertacionistas no implicó su retiro como intelectual orgánico, manteniendo una activa militancia en el Partido por la Democracia. Dirigiendo su consultora Tironi Asociados, asumió una importante tarea como lobbista y como un permanente defensor del relato fundacional de la Concertación. Dictando clases en distintas universidades, con estadías en Francia y otros países, panelista en seminarios en diversos espacios, fue dejando un rastro de sus reflexiones, que condensó en publicaciones como: *Los Actores Sociales en el Nuevo Orden Laboral* (con Guillermo Campero, Angel Flisfish y Victor E. Tokman), Ediciones Dolmen, Santiago. Versión en portugués: "Os actores sociais no novo mundo do trabalho". Sao Paulo: LTr Editora / OIT, 1993; *Después de Marx* (con Clodomiro Almeyda, Jaques Chonchol y Antonio Leal), DOCUMENTAS/Estudios, Santiago, 1993; *Después de Marx* (con Clodomiro Almeyda, Jaques Chonchol y Antonio Leal), DOCUMENTAS/Estudios, Santiago, 1994; *El Régimen Autoritario. Para una sociología de Pinochet*, Ediciones Dolmen, Santiago, de 1998 y *La Irrupción de las Masas y el Malestar de las Élités*, Ediciones Grijalbo, Santiago, 1999; por mencionar los más significativos.

En todos estos textos, Tironi fue posicionando 4 ideas claves. La primera de ellas, referida a la idea de que una sociedad calma, sin conflicto, es positiva para la estabilidad democrática, pues ha avanzado a niveles importantes de tecnificación de la política, permitiendo que los actores sociales se desarrollen como individuos. La segunda de ellas, remite a que el gran desafío de la democracia chilena es integrar a los actores sociales que la dictadura marginalizó con la instalación del modelo neoliberal, permitiendo su inclusión a los beneficios del desarrollo económico a través de políticas focalizadas de subsidio y desarrollo del emprendimiento. La

tercera idea refiere a la idea de concertación social, como gran soporte de un proyecto de unidad nacional, que permitiera generar un pacto entre actores sociales y gobierno, que debía actuar como gran mediador de los conflictos. Y por último, que el malestar que comenzaba a evidenciarse hacia fines de la década de los 90 no constituía una anomalía, sino que era parte de las propias dinámicas de los procesos de modernización capitalista, por lo que resaltarlos como fuerzas erosivas el modelo transicional chileno, fue más una tarea de los “intelectuales críticos”, que un sentir social formalizado y articulado con posiciones políticas específicas.

En la misma línea de Tironi, se encontraba otro de los intelectuales claves de este relato fundacional. Nos referimos a José Joaquín Brunner, quien también ocupó puestos relevantes en dos ministerios en los gobiernos de la Concertación. En 1990 fue convocado por Ricardo Lagos, entonces Ministro de Educación, para formar parte de la comisión que definiría las orientaciones para la educación superior y generar una nueva propuesta para reformar la Ley Orgánica Constitucional de Educación del 11 de marzo de 1990. Aunque esta comisión no tuvo el éxito que esperaba, Brunner se consolidó como un experto en la materia y asumió en 1994 como coordinador del comité técnico para el diálogo nacional sobre la modernización en educación, conocida como “comisión Brunner”, desde donde emergió el primer proyecto más sustantivo de reforma al sistema educacional.

Las ideas más relevantes de este intelectual estuvieron vinculadas a la relación entre modernización y democracia, coincidiendo con Tironi respecto de la constatación de que Chile había ingresado a la modernidad, que tenía que ser leída desde una perspectiva proyectiva y no negativa. Para el autor:

“En efecto, el gran desafío de la democracia –aparte de producir políticas que movilicen el desarrollo de los países y superen progresivamente las condiciones de la pobreza masiva y las desigualdades de base económico-social más insoportables– es producir una cultura de masas que permita, en medio de la diferenciación y la heterogeneidad, grados cada vez más elevados de autoconciencia del individuo, de aprendizaje colectivo, de participación personal y social en los problemas comunes y sectoriales, de

Cristina Moyano Barahona

organización cada vez más flexible y de mayor goce de todas las posibilidades humanas. No se trata, por este resquicio, de introducir nuevamente la obsesión de la utopía y la reclamación de un cielo para la tierra. La democracia es, efectivamente, un régimen político esencialmente anti utópico y, tan pronto como se la recarga con las demandas del cielo su fino entramado de consensos, de pactos, de internegociaciones, de intereses coaligados e interactuantes se viene abajo y da paso a los “experimentos maximalistas” donde siempre, al final, los portadores de la utopía se erigen en poder y someten a la sociedad a sus sueños o mueren aplastados por la reacción que desencadenan. El camino de las utopías maximalistas estaba por eso plagado de guillotinas, de gulags, de campos de concentración y salas de tortura.” (Brunner, 1989: 211).

Así, partiendo de un reconocimiento particular de la modernidad que experimentaba Chile, destacó en varias publicaciones que, bajo la gestión político-institucional de la Concertación la economía nacional se multiplicó por dos en solo diez años, lo que se reflejaba en un desarrollo más equitativo, con aumento del gasto público a través de políticas sociales focalizadas y ampliación de los derechos ciudadanos en el ámbito de la cultura. Resaltaba por tanto que, en los primeros gobiernos de la transición se construyeron las condiciones para una internacionalización real y más competitiva de la economía nacional, inserta en una red de mercado global, que sólo podría mantenerse si se profundizaba una democracia basada en grandes consensos políticos, que sustentaran la gobernabilidad, como escenario necesario para que cada individuo pudiera insertarse en los beneficios positivos de habitar la sociedad red y la modernización capitalista de Occidente (Brunner, 1992: 46 y Brunner, 2002: 45).

Así, cuando en 1998 los estertores de la crisis económica golpeaban con fuerza la economía chilena, este discurso tuvo que morigerarse a la par que se fueron haciendo más altisonantes las narrativas del malestar y al interior de la Concertación, se constituían dos grupos conocidos como “autoflagelantes y autocomplacientes”. Los tres autores que hemos trabajado hasta aquí

pertenecieron al segundo grupo y Brunner fue un actor relevante, junto a Tironi en rebatir la idea del malestar. Por un lado Brunner planteaba

“Acoger sin más este diagnóstico y los argumentos que lo justifican es considerado por ahora “políticamente correcto”. Declararse intelectualmente insatisfecho con él y con su soporte probatorio y explicativo constituye, por el contrario, una señal de “autocomplacencia”. Dicho en otras palabras: hoy para ser crítico hay que no serlo respecto del diagnóstico y la argumentación de los críticos. Para no ser autocomplaciente hay que ser complaciente con la tesis del malestar. ¿Y qué pasaría si ésta fuese equivocada?” (Brunner, 1998: 176)

Complementaba esta reflexión, discutiendo la tesis respecto de que el problema radicaba en el modelo de democracia que se había construido con la transición, afirmando que

“Frente a esa pregunta radical se postula una visión que reclama la necesidad de un orden basado en certezas y capaz de “asegurar” la vida material y subjetiva de las personas. Más bien, llama la atención que esa reivindicación (neoconservadora) aparezca formulada desde el lado “progresista” de la dirigencia político-intelectual del país. ¡La confusión es un signo de los tiempos! Aparece como si la Concertación, luego de hacerse cargo del desarrollo y la modernización de la sociedad chilena, hubiera abierto su propia Caja de Pandora de la cual han escapado todos los miedos y malestares de la modernidad quedando adentro, solamente, la esperanza de poder restituir un orden de certezas comunitarias, seguridades públicas y valores capaces de refundar una subjetividad colectiva integrada.” (Brunner, 1998: 176)

La reflexión anterior, era compartida por Tironi para quien las tesis del malestar eran solo parte de un grupo minoritario de intelectuales, que desde el cómodo espacio de sus escritorios

universitarios, criticaban a los gobiernos y logros de la Concertación, porque no pueden vivir fuera del marco de la crisis en la que siempre se sienten cómodos. Por ello argumentaba

“Pero aún con todo lo que pueda tener de trivial y hasta de miserable, la normalidad es mil veces preferible al estado de crisis permanente. Lo es porque favorece el protagonismo de la gente ordinaria, con todo lo noble e innoble que ello envuelve. La crisis, en cambio, es la condición óptima de las elites. Es la situación en que asumen el máximo de protagonismo, a costa de los individuos transformados en muchedumbre. Por ello no es extraño que, ante cualquier turbulencia, se levante de inmediato la elite con la intención de negar la normalidad y recuperar la centralidad perdida.”
(Tironi, 1999: 131)

Las narrativas del malestar y la erosión del relato fundacional de la transición a la democracia en Chile.

Tal como hemos indicado en un artículo de reciente publicación (Moyano, 2021), las narrativas del malestar

“remiten a un conjunto de relatos interpretativos de la sociedad chilena, producidos mayoritariamente por científicos sociales, filósofos e historiadores, que pusieron en entredicho la transición y sus logros. Estas narrativas configuraron sentidos críticos respecto de la modernidad, la modernización y cómo aquellos procesos se imbricaban en un tiempo político particular, que fue extendiéndose más allá de los contornos bosquejados por los transitólogos de los años 80” (483).

Dichas narrativas se fueron construyendo a la par del relato de la gobernabilidad, la concertación social y el consenso y emergieron con fuerza desde los inicios de la transición, para llegar a dos puntos álgidos de su masiva iteración en el espacio público, con la puesta en circulación del libro de Tomás Moulian, “Chile, Anatomía de un mito” (Lom, 1997) y el informe del Programa

Nacional de Desarrollo Humano de Naciones Unidas, PNUD de 1998, bajo la conducción de Norbert Lechner.

La red de intelectuales que participó de la elaboración de estos relatos se estructuró en torno a 4 espacios nodales: La Universidad Arcis, la editorial LOM, CLACSO y la revista de Crítica Cultural. Arcis

“fue sin lugar a dudas un proyecto académico que venía a instalarse como alternativa a las universidades privadas que representaban los intereses de la derecha económica y política, y que tenía la declarada pretensión de producir saberes distintos al de las universidades tradicionales, representadas como lentos aparatajes burocráticos en donde los conocimientos allí producidos tendían a difuminarse o a refractarse” (Moyano, 2021: 490).

Dentro de dicha institución existió un espacio clave y una red importante de publicaciones que permitieron hacer circular el saber crítico de la experiencia transicional. Por una parte, el Centro de Investigación Social (CIS) creado en 1994 que reunió a intelectuales como Isabel Cassigoli, Carlos Ossandón, María Emilia Tijoux, Federico Galende, Nelly Richard y Carlos Pérez Villallos, además de su primer director Tomás Moulian. Los ejes de investigación de dicho centro fueron Economía, Teorías Críticas y Comunicación y Cultura.

Al alero del Centro se articularon las revista *Infraganti* (6 números), orientada a “realizar diagnósticos sobre los grandes cambios de la sociedad chilena, cuya directora fue Verónica Huerta y su comité editorial constituido por Oscar Cabezas, Carlos Pérez, Miguel Vicuña, Sergio Villalobos Ruminot, Gabriel Salazar, Carlos Ossandón y Eduardo Santa Cruz” (Moyano, 2021, 491), y la Revista *Investigación y Crítica* (9 números) en alianza con CLACSO, que hacia el año 2001 en su número 7 hacía un recorrido por la historia del CIS, en formato de manifiesto, indicando que:

“Quizás el Centro de Investigaciones de la Universidad ARCIS nació extemporáneo. Siempre se trató de una apuesta en el aire. Una saga

voluntaria a partir del vacío. Un desafío a los tiempos que corrían para la investigación social en el Chile de la ‘transición virtual’. Un reto a provocar materialidad, corporalidad y practicidad, a partir de la pasión cognitiva, de hacer estallar la realidad... tan mediocre en ese fin/inicio de siglo. Y creamos colectivamente varios cuerpos: la mentada serie Punto de Fuga, Los primarios Documentos de Trabajo, La querida Investigación en el aula, La ‘caústica’ Infraganti, La hormiguita Ratón de Biblioteca, El agitador Debate Público, y la ‘formal’ Investigación y Crítica” (Huerta, 2001: 5).

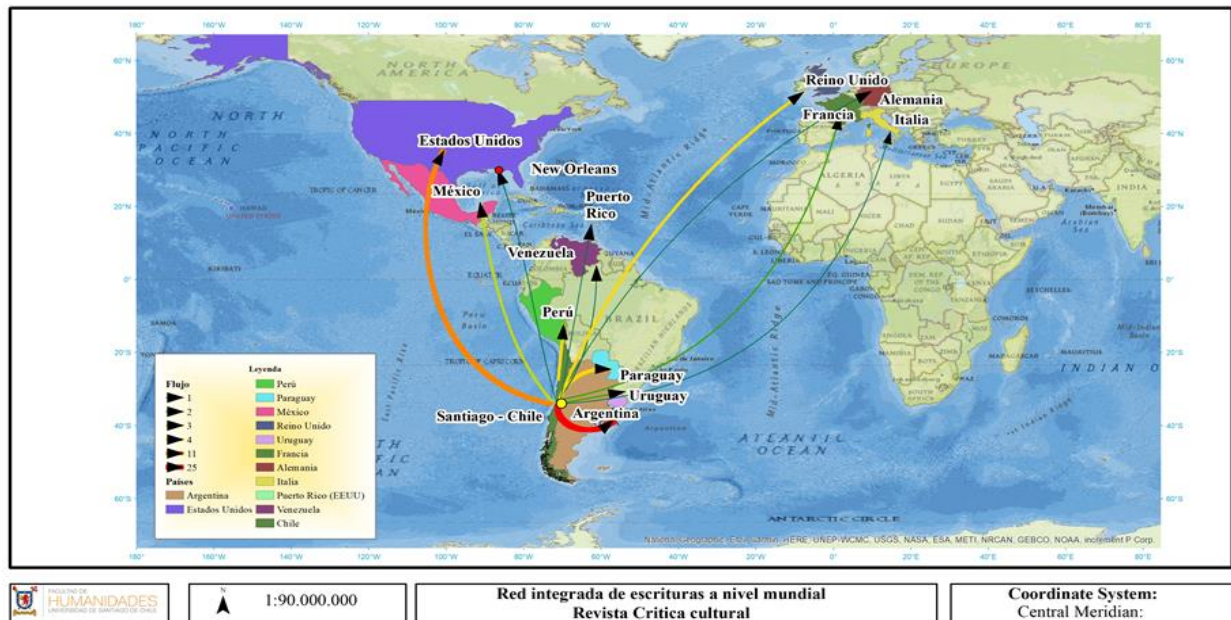
Los intelectuales del CIS se dieron a la labor de producir conscientemente un conocimiento social contrahegemónico al discurso de la gobernabilidad, la transición y la modernidad, así como también a las normatividades que se instalaban en las universidades para validar el conocimiento “científico”. En sus páginas estaba el deseo de romper las barreras disciplinarias, construir narrativas oblicuas (como lo diría Nelly Richard), cruzando los estrictos cánones disciplinarios y rompiendo con los estancos que no permitían configurar un relato crítico que operara performáticamente sobre la realidad para remecerla.

En una red que se entroncaba con intelectuales que participaban de Arcis y del CIS, pero que fue más amplia que los miembros de dicha casa de estudios, se sitúa la revista de Crítica Cultural (RCC), que circuló entre 1990 y 2007, bajo la dirección de Nelly Richard y cuyo propósito era generar ensayos “con elecciones oblicuas y transdisciplinarias, donde los cruces entre literatura, artes visuales y sociología fueron fundamentales para comprender y resemantizar los códigos y lenguajes moldeados por la dictadura militar como por los imperativos de la llamada democracia de los acuerdos” (Silva, 2014: 169).

Interconectada con distintos espacios internacionales (como podemos observar en la cartografía 1), la RCC amplió los campos del debate hacia los sentidos de la modernidad, el capitalismo global, el rol de los intelectuales, el género y el feminismo, de manera de revincular saberes con prácticas y discursos sociales “por medio de diálogos críticos que atacaran la no interferencia del saber oficializado a través de la universidades o desde la oficialidad gubernamental” (Silva, 2014: 170). En su larga trayectoria entró en contacto con la revista Punto de Vista dirigida por Beatriz

Sarlo en Argentina, con la revista Debates feministas publicada en México y con universidades norteamericanas y europeas donde se consolidaban los estudios latinoamericanos.

Cartografía1



Fuente: Elaboración propia en base a la revisión realizada de la RCC.

Así escribieron en esta revista intelectuales tan relevantes como Hugo Achugar, Julio Ortega, Nestor García Canclini y Nicolás Casullo, Beatriz Sarlo, George Yúdice, John Beverly, Graciela Montaldo, Andreas Huyssen, Benjamín Arditi, Pierre Bourdieu, Chantal Mouffe, Jacques Derrida, Ernesto Laclau y Felix Guattari, con temáticas que vincularon “el debate sobre el fin de la modernidad y lo que aquello significaba en la constitución de las experiencias societales, cruzando las posibilidades de encuentro con la democracia y la democratización en tanto vectores de historicidad” (Moyano, 2021, 495).

En la crítica realizada al relato de la gobernabilidad, los intelectuales que publicaron en esta revista compartían el diagnóstico de que el espacio de la democracia formal representativa resultaba estrecho, por lo que se hacía necesario remecer las aguas y buscar en la “rebeldía de lo social” (Rivas, 1992: 12), posibilidades de cambios reales a una sociedad adormecida por las políticas del consumo, del olvido y del individualismo.

El debate continuó sin parar en la revista publicada ininterrumpidamente entre 1990 y 2007, inaugurando nuevos cruces de análisis de la experiencia democrática, como lo fueron el género y el feminismo, además de la crítica literaria, la filosofía política, la sociología y los estudios culturales. Así, hacia 1997:

“este grupo de críticos de la transición, promocionaban un espacio de sociabilidad intelectual al alero de un programa en alianza entre Arcis, La Morada y la Revista de Crítica Cultural, titulado “Posdictadura y transición democrática: identidades sociales, prácticas culturales y lenguajes estéticos”, destinado a generar una instancia de análisis críticos sistemáticos entre política, cultura, estética y sociedad. El objetivo del programa estaba centrado en analizar los “efectos del reordenamiento y transformación de la institucionalidad política, de los lenguajes públicos y de sus redes comunicativas, de los discursos culturales” (RCC, 1996: 64), entre otras dimensiones del proceso de transición a la democracia. El programa buscó estimular los cruces transdisciplinarios entre “la filosofía contemporánea, la teoría feminista y crítica cultural, para abordar una lectura plural de las tensiones de sentido” (RCC, 1996, p.64) que ocurrían en Chile, varias de ellas iteradas del hit editorial de Tomás Moulian, Chile Actual. Anatomía de un mito, reseñado en noviembre de 1997 por Willy Thayer, dando forma más precisa a la cartografía de las narrativas del malestar. Cartografía que también estuvo compuesta por una red de editoriales como lo fueron LOM, CEDEM, Metales Pesados, Catalonia, ContraPuntos, Cuarto Propio, Dolmen, El Canelo, Punto de Vista, Flacso, Fondo de Cultura Económica, Estudios Públicos (CEP), Sur, entre otras, que muestran la difusión por donde estas críticas salieron al espacio de lo público.”

Dentro de todo este entramado, dos textos fueron claves en la circulación masiva de las narrativas del malestar. El primero de ellos “El Chile Actual, Anatomía de un mito” (1997) de Tomás

Moulian (publicado por LOM). El segundo, el informe del PNUD de 1998, elaborado por un equipo liderado por Norbert Lechner. Para Claudio Ramos (2020)

“[La Anatomía de un Mito] fue una crítica radical y total [...] ametrallando con sus cuestionamientos: la transición ha sido impuesta por la dictadura; nada ha cambiado; ha ocurrido una banalización de la política y una despolitización de la población; la izquierda se encuentra atrapada en las redes del consenso; se ha producido el bloqueo de la memoria; ha tomado forma un gran engaño; la masificación del consumo disciplina y despolitiza a los ciudadanos. Es un texto de tono retóricamente superlativo, que condena acerbamente a la izquierda concertacionista, la cual, según Moulian, aceptó la necesidad de reproducir el sistema, con ajustes mínimos, aduciendo que no había alternativa, aceptando una democracia protegida, una verdadera “jaula de hierro”, transformándose así en la administradora del sistema. Con ello, el modelo heredado de la dictadura resultaba robustecido por la legitimidad democrática” (p.477)

Dicha crítica radical se articulaba con una dura posición respecto de quienes habían liderado este proceso y habían construido el relato fundacional de la gobernabilidad. Según Moulian “la coalición ganadora se ha transformado en propagandística de los principios de la economía de mercado, maquillada con el toque de equidad conseguida por políticas públicas que pertenecen a la misma matriz que las del régimen anterior” (2002: 50). Calificada como democracia gatopardista, el sociólogo apuntando directamente sus dardos a los promotores de las bondades de la transición democrática y el ingreso a la modernidad, Brunner y Tironi, afirmando que:

“El secreto es que su superficie es calma porque una de las principales operaciones estratégicas del Estado neoliberal ha sido la de debilitar la política. Una de las operaciones destacadas es la creación de un imaginario estadio de modernidad triunfal que ha engolosinado a las capas medias políticas dirigentes, creando un consensualismo que atenúa las diferencias

sobre el futuro, por tanto sobre la dirección y el destino, limitando la esfera de las discrepancias al pasado” (2000: 51).

Para Claudio Ramos, “las repercusiones de Anatomía de un mito fueron, ante todos que académicas, primaria y fundamentalmente políticas. Fue una obra que remeció el ambiente..” (2020: 477) y que se entroncó con otro texto clave: el informe sobre Desarrollo Humano del PNUD, liderado por Lechner y coordinado ejecutivamente por Pedro Güell, que contó con la participación de conocidos académicos, que anteriormente habían participado del mundo de las ONG, como Vicente Espinoza, Pedro Milos, Javier Martínez, Domingo Asún, Hugo Frühling, Oscar Mac Clure, José Bengoa y Mariana Schkolnik, por mencionar a los más relevantes. Este informe titulado como las “Paradojas de la modernización”, reconocía la instalación de un malestar latente en la sociedad chilena, asociado a altos niveles de desconfianza hacia el estado y la sensación de desamparo del Estado ante los temas de salud, previsión, educación y trabajo, que recaían en manos de los propios sujetos, que temían al futuro. Según el informe

“El malestar antes mencionado no configura una inseguridad activa, expresada en protestas colectivas. Es un malestar difuso (y quizás por el hecho mismo de no vislumbrar un motivo). No por ello debe ser descartado como una insatisfacción propia de la naturaleza humana. El malestar puede engendrar una desafiliación afectiva y motivacional que, en un contexto crítico, termina por socavar el orden social. Además, y por sobre todo, el malestar señala que la Seguridad Humana en Chile puede ser menos satisfactoria que lo que muestran los indicadores macrosociales” (1998: 24).

Así un “malestar” multicompuesto se instaló en la esfera de lo público, generando un intenso debate, que se articulaba muy bien con la crítica a la transición gatopardista de Tomás Moulian. Según Javier Pinedo, el informe del PNUD:

“levantó una amplia polémica que se encuentra contenida en el texto El debate de la Concertación, que contiene entre otros los artículos de Norbert

Cristina Moyano Barahona

Lechner, «Nuestros miedos»; José Joaquín Brunner, «Malestar en la sociedad chilena: ¿de qué, exactamente, estamos hablando?»; Norbert Lechner, «Carta a José Joaquín Brunner en respuesta a ‘Malestar en la sociedad chilena’ », Eugenio Ortega, «¿Estamos obligados a construir una sociedad del malestar?»; Carlos Huneeus, «Malestar y desencanto en Chile: legados del autoritarismo y costos de la transición»; Eugenio Tironi, «El desaliento», «Contradicción vital», «Neo-conservadores»; José Joaquín Brunner, «Apuntes sobre el malestar frente a la modernidad»; cada uno de ellos con reflexiones sobre el malestar, lo que prueba la importancia que fue adquiriendo el problema” (Pinedo, 2018: 282)

Hacia 1998, con la experiencia de la crisis económica, la detención de Pinochet en Londres y una elección presidencial *ad-portas*, estos relatos cobraron fuerza simbólica y erosionaron de forma importante el relato fundacional de las elites de la Concertación, tanto que llegó a dividir a la coalición entre quienes compartían estas narrativas y los que se encontraban en la vereda más crítica.

La idea de un modelo, distinto del heredado de la dictadura, comenzaba a instalarse en el debate político, circulando en modalidad de ensayo, estas narrativas nominaron y performaron la realidad sociopolítica de nuestra experiencia transicional. Sin ajustarse a las normativas de los cánones científicos, constituyeron obras fundamentales para que años más tardes movimientos sociales iteraran sus contenidos y pusieran sus demandas con dinámicas distintas a las de la concertación social. De allí la importancia de estas narrativas, de estas escrituras y del rol que juegan los científicos sociales cuando se liberan de las normatividades métricas que hoy encierran el saber científico a un grupo limitado de expertos.

Bibliografía

- Ariztía, T y Bernasconi, O (2012) . Sociologías públicas y la producción del cambio social en el Chile de los noventa, en *Produciendo lo social. Usos de las ciencias sociales en el Chile reciente*, Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales.
- Bastías, M. (2013). *Sociedad civil en Dictadura. Relaciones transnacionales, organizaciones y socialización política en Chile*. Santiago, Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Brunner, J. (1998). Malestar en la sociedad chilena: ¿De qué, exactamente, estamos hablando?, en *Estudios Públicos*, N° 72, Santiago, Centro de Estudios Públicos, pp. 173-198.
- Brunner, J. (1992). La libertad de los modernos. Una visión desde la sociología en *Revista Estudios Públicos*, CEP, Santiago, N°46. P.43-93.
- Brunner, J. (1986). Cultura política en la lucha por la democracia en *Vector. Siete ensayos sobre democracia y socialismo en Chile*. Santiago, Centro de Estudios Económicos y Sociales, p.29-52.
- Brunner, J; Barrios, A y Catalán, C (1989). *Chile: Transformaciones Culturales y Modernidad*. Santiago, FLACSO.
- Brunner, J. y Moulian T. (2002). *Brunner vs. Moulian: izquierda y capitalismo en 14 rounds*. Santiago, Ediciones El Mostrador.
- Boeninger, E. (1997). *Democracia en Chile: Lecciones para la gobernabilidad*. Ed. Andrés Bello, Santiago.
- Darnton, R. (2008). *Los best sellers prohibidos en Francia antes de la revolución*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica
- Flisfisch, A. (1983). Una nueva ideología democrática en América del Sur. Documento de Trabajo N° 162, Santiago, FLACSO,
- Huerta, V. (2001). “Manifiesto”, en *Investigación y Crítica. Revista del Centro de Investigaciones sociales*, No 7, Santiago. P.5.
- Moyano, C y Garcés, M. (2020). *ONG en dictadura. Conocimiento social, intelectuales y oposición política en el Chile de los ochenta*, Santiago, Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Moyano, C. (2021). Cartografía genealógica de las “narrativas del malestar”: El Chile de la transición entre 1990-1998, en *Revista Historia*, N° 28, Concepción, p.482-513.
- Moyano, C. (2016). ONG y conocimiento sociopolítico durante la dictadura: La disputa por el tiempo histórico de la transición. El caso de los talleres de análisis de coyuntura en ECO, 1987-1992 en *Izquierdas*, N° 27, Santiago, p. 1-31.

- Moyano, C. (2020). Transición chilena a la democracia. El tiempo histórico del acontecimiento plebiscitario entre 1987-1988 en *Izquierdas*, Santiago, N° 49, p.3223-3241.
- Moulian, T. (2002). *Chile Actual. Anatomía de un mito*, Santiago, LOM Ediciones.
- Moulian, T. (1983). *Democracia y socialismo en Chile*, Santiago, Flacso.
- Pinedo, J. (2018). *Debates intelectuales. Estudios sobre historia de las ideas, pensamientos políticos y cultura en Chile*, Santiago, Ariadna Ediciones.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). 1998. Desarrollo Humano en Chile 1998. Las paradojas de la modernización, Santiago, PNUD.
- Puryear, J. (2016). *Pensando la política*, Santiago, CIEPLAN.
- Ramos, C. (coord.). (2006). El impacto de los informes de Desarrollo Humano del PNUD en Chile, Santiago, Universidad Alberto Hurtado. Recuperado en: http://sociologia.uahurtado.cl/wp-content/uploads/2012/01/C.Ramos_IMPACTO_PNUD_EN_CHILE.pdf. (consultado el 11 de mayo 2020).
- Ramos, C. (2014). Datos y relatos de la ciencia social como componentes de la producción de realidad social, en *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, N° 66, vol. 21, septiembre-diciembre, México, pp. 151-177.
- Ramos, C. (2020). *Relatos sociológicos y sociedad. Tomás Moulian, José Joaquín Brunner y Pedro Morandé: obra, redes de producción y efectos (1965-2018)*, Santiago, Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Rivas, P. (1992). “Rebeldía de lo social y crítica anticapitalista”, en *Revista de Crítica Cultural*, N° 5, Santiago, pp. 12-13.
- Santa Cruz, E. (2001). Presentación, en *Investigación y Crítica. Revista del Centro de Investigaciones sociales*, Santiago, No 7, pp. 7-8.
- Serrano, M. (2009). *La igual libertad de Edgardo Boeninger*. Santiago, Ucqbar Editores.
- Silva, M. 2014. La revista de crítica cultural y el trabajo de Nelly Richard. Estéticas transdisciplinarias y escenas de escritura, en *Taller de letras*, N°54, Santiago, pp. 167-180.
- Tironi, E. (1992). La cuestión del orden, en *Revista de Crítica Cultural*, N°5, Santiago, pp. 28-29.
- Tironi, E. (1999). *La irrupción de las masas y el malestar de las elites*, Santiago, Grijalbo.
- Tironi, E. (2013). *Sin miedo, sin odio, sin violencia. Una historia personal del NO*. Santiago, Ediciones Ariel.

Tironi, E. (1990). Crisis, desintegración y modernización en *Revista Proposiciones* n°18, Santiago. p. 16-42

Tironi E. (1989) Los pobres y la transición en *Revista Mensaje* N° 383, Santiago, p. 428-431.

Tironi, E. (1986). *El liberalismo real: la sociedad chilena y el régimen militar*. Sur Ediciones, Santiago.